

ESPAÑA/ITALIA, 1975. MEMORIA TRANSNACIONAL Y DISCURSOS SIMBÓLICOS COMUNISTAS EN LA AGONÍA DEL FRANQUISMO*

Carlota Coronado Ruiz*

José Carlos Rueda Laffond**

*Universidad Complutense de Madrid, España: carlotac@ucm.es

**Universidad Complutense de Madrid, España: jcrueda@pdi.ucm.es

Recibido: 28 noviembre 2018 / Revisado: 2 marzo 2019 / Aceptado: 18 marzo 2019 / Publicado: 15 junio 2019

Resumen: El artículo analiza los ejes simbólicos del discurso mediático del PCE y el PCI en el último trimestre de 1975. Se remarcan las líneas de identidad existentes en el discurso público de ambas organizaciones. Ello se relaciona con la memoria transnacional comunista como eje donde ubicar esa correspondencia. Su lógica de sentido pasó por articular las lecturas de presente efectuadas por el PCE y el PCI a través de unos filtros de significación empapados de ecos emotivos de pasado: la épica de la lucha antifascista / antifranquista, o la confrontación entre las figuras de Pasionaria y Franco como oposición simbólica.

Palabras clave: Memoria transnacional; relato mediático; Partido Comunista de España; Partido Comunista Italiano; Franquismo

Abstract: The article analyses the symbolic axes present in PCE and PCI media discourse in the last quarter of 1975. The study emphasizes the identity lines existing in the public discourse used by both organizations, linked to interpretative dimension (transnational communist memory). The PCE and PCI public valuations were based on ideas and meanings connected to the past of both countries: the epic anti-fascist / anti-franquist fight, or the confrontation between Dolores Ibárruri and Francisco Franco, understood as symbolic opposition in historical and moral terms.

Keywords: Transnational Memory; Media Narratives; Communist Party of Spain; Italian Communist Party; Francoism

INTRODUCCIÓN

El 27 de septiembre de 1975 morían fusilados en Madrid, Barcelona y Burgos cinco miembros del FRAP y de ETA, condenados a muerte después de ser declarados culpables en consejo de guerra. Casi un mes más tarde, el 22 de octubre, se iba a celebrar en el Estadio Olímpico de Roma el partido de fútbol correspondiente de las eliminatorias de la Copa de la UEFA entre el Barcelona y la Lazio, pero en última instancia la directiva del club romano decidió comunicar a la UEFA que no se presentaría en el encuentro de ida. Desde que el 3 octubre de 1975 se realizase el sorteo de la segunda ronda de las competiciones europeas y se decidiera que la Lazio jugaría contra el equipo catalán, en la capital italiana se vivieron manifestaciones multitudinarias. La izquierda de este país consideraba inadmisibles que se realizara ese encuentro. La prensa también se unió al debate: *Paese Sera*, diario de inspiración comunista, encabezó la causa contra la visita del club azulgrana al Estadio Olímpico. A él se unieron otros medios y voces¹. Desde el día

* Resultado del Proyecto “Diccionario de símbolos políticos y sociales: claves iconográficas, lugares de memoria e hitos simbólicos en el imaginario español del siglo XX” (MCIU, ref. HAR2016-77416-P).

¹ El presidente de la UEFA, el italiano Artemio Franchi, en una entrevista a *Paese Sera* señaló su oposición al régimen franquista en los siguientes términos: “estoy luchando por obtener adhesiones para suspender el congreso de la UEFA que debe efectuarse en noviembre próximo en España. He tomado contactos con responsables de distintas federaciones europeas para encontrar soluciones concretas sobre las relaciones entre el fútbol europeo y el español”. Habló de una

rio *L'Unità*, órgano del Comité Central del Partido Comunista Italiano (PCI), aparecieron titulares como “Nessuno giochi contro gli spagnoli” (“Que nadie juegue contra los españoles”), reproduciendo palabras del presidente de la Lazio, Umberto Lenzi.

Este episodio, aunque aparentemente anecdótico, muestra la extraordinaria dimensión alcanzada en Italia por la repulsa a los fusilamientos de los cinco militantes del FRAP y ETA. Y es que la izquierda italiana fue uno de los colectivos internacionales, políticos pero también socioculturales, más comprometidos con el antifranquismo y donde las protestas contra las últimas ejecuciones de la dictadura adquirieron mayor extensión e intensidad.

Existía una dilatada tradición antifranquista en Italia. Su raíz podría retrotraerse hasta la Guerra Civil, encarnándose en la presencia de voluntarios italianos en las filas de las Brigadas Internacionales o, ya en un nivel orgánico comunista, en figuras de peso, como Palmiro Togliatti (“Ercoli”, “Alfredo”), el representante más importante de la Internacional Comunista (IC) en España desde 1937 hasta 1939. Más allá de la incidencia expresamente política u organizativa de dichas presencias, cabría resaltar su importantísima relevancia simbólica y su notable incidencia a la hora de la construcción y reproducción ulterior de relatos de memoria con un resaltado componente metafórico. La idealización de algunos nombres, por ejemplo encuadrados en las filas del Batallón Garibaldi, se produjo durante la propia guerra de España en la publicística comunista, coadyuvando como nutrientes destacados en narrativas de memoria transnacional entretejidas al hilo del conflicto. Así, Aldo Morandi, Italo Nicoletto, Emilio Suardi o Antonio Sartori fueron evocados, con celeridad, como paradigmas de militantes antifascistas, como héroes militares o como ejemplos de abnegación y lealtad comunista en el compromiso internacional con la lucha en España. Ello nos plantea la importancia de los factores emotivos, de implicación personal, proyección modélica y empatía, en las redes y flujos de conexión existentes entre el comunismo español e italiano —algo que se vio reforzado tras la II Guerra Mundial, y de manera resaltada

“acción común, ponderada y bien concertada” para “constituir un frente unido, que aísle a España en el fútbol”. Relañó, Alfredo, “El Barça, ‘non grato’ en Roma por culpa de Franco”, *El País*, 1 de noviembre de 2015.

en los sesenta y setenta, a través de los vínculos organizativos y los fluidos contactos entablados entre las respectivas secretarías internacionales del PCI y el Partido Comunista de España (PCE). El peso de esa identificación afectiva puede rastrearse, asimismo, en el reconocimiento emotivo otorgado a la figura de Togliatti, ya fuese a la hora de retratarle como referente intelectual de la propuesta policentrista para el PCE, o recordándole como benevolente e inspiradora figura tutorial durante los meses que permaneció en España en la Guerra Civil².

Tales líneas de conexión se reforzaron aún más desde 1946, cuando, por ejemplo, empezaron a ponerse en marcha colectivos como *Movimento Spagna Libera*, creados para presionar a la comunidad internacional con vistas a lograr el aislamiento del régimen de Franco³. A lo largo de los años sesenta siguieron tomando fuerza otras posturas en la misma dirección, que se tradujeron también en importantes apoyos a las fuerzas políticas españolas de oposición, en especial al PCE, al tiempo que se reforzaron las redes solidarias que ponían en contacto a exiliados con diferentes grupos de antifranquistas del interior. Un momento especialmente decisivo en ese proceso coincidió con la detención y, sobre todo, con el fusilamiento de Julián Grimau en abril de 1963⁴.

En muchos colectivos y grupos antifranquistas surgidos entre los años sesenta y setenta participó activamente el PCI, quien, además, mantuvo un contacto constante con los comunistas espa-

² Respecto a esa importancia de Togliatti cabría mencionar la rápida publicación, en materiales del PCE, del “Memorial de Yalta”. Una muestra de retrato emotivo como delegado de la IC figura en los recuerdos de Ibárruri, para quien “no era el hombre que se mezclaba en nuestra política, sino que decía: sois vosotros quienes tenéis que dirigir, nadie de fuera puede resolver los problemas”. Camino, Jaime, *Íntimas conversaciones con la Pasionaria*. Barcelona, Dopesa, 1977, p. 43.

³ Treglia, Emanuele, “Por la libertad de España. La solidaridad italiana con el antifranquismo (1962-1977)”, en Muñoz Soro, Javier y Treglia, Emanuele (eds.), *Patría, pan... amore e fantasia. La España franquista y sus relaciones con Italia*. Granada, Comares, 2017, pp. 163-165.

⁴ La campaña propagandística, con participación del PCI, y la reacción diplomática desde la legación española en Roma. Muñoz Soro, Javier, “El caso Grimau: propaganda y contrapropaganda del régimen franquista en Italia (1962-1964)”, *Ayer*, 91/3 (2013), pp. 169-193.

ños. Se convirtió así en el máximo impulsor del antifranquismo en Italia y en uno de los polos de referencia en el ámbito internacional⁵. Además, a través de las páginas de *L'Unità* no sólo se dio voz a la dirigencia o a la intelectualidad del PCE, sino también a otras fuerzas de la oposición como el PSOE o, más tarde, al Partido Socialista Popular (PSP). En términos generales, el relato de conexión simbólica entre estas fuerzas se enhebró a través de un discurso que enfatizaba la conexión entre los ecos del movimiento partisano, el combate contra el fascismo en Italia, la lucha contra el régimen de Franco y con su caracterización como último bastión del fascismo en Europa.

Tales engarces, en el caso específico de los partidos comunistas de Italia y España, se reprodujeron a través de un relato público de gran alcance, en una dinámica prolongada durante los últimos años del franquismo o ya en la Transición a la democracia. Acontecimientos como la larga agonía y muerte de Franco, la proclamación como Rey de Juan Carlos de Borbón, los ecos de su discurso del 22 de noviembre de 1975 o la coyuntura que desembocó en la legalización del PCE, en abril de 1977, fueron tratados por la prensa comunista de ambos países desde un prisma afín. Todos fueron eventos históricos con eco en las narrativas de los principales rotativos orgánicos de ambos países, en estos momentos configurados como medios –o, en el caso español, como proyecto– de periódicos de masas.

El presente artículo atenderá a esas dos miradas geográficamente diferenciadas –italiana y española– presentes en lo que fue un relato comunista transnacional sobre el tardofranquismo y la Transición, abordando cómo fueron abordados desde los discursos mediáticos del PCE y del PCI algunos de los hechos antes mencionados. Para ello, se resaltarán los puntos de coincidencia y singularidad en el tratamiento e interpretación acerca de los sucesos vividos en España.

Esta doble visión debe enmarcarse en una fenomenología más amplia dibujada, en un primer nivel de análisis, en relación con las concomitancias existentes entre ambos partidos mediterráneos en 1975, en vísperas de la cristalización definitiva del proyecto eurocomunista. Dicha experiencia política ha sido explicada como estrategia política compartida, como resultante de contactos cada vez más estrechos o como deri-

va de una tradición policentrista común y una paralela afirmación de autonomía frente a la URSS⁶. En paralelo, ese esquema relacional tan tupido incluyó otros indicadores, como el peso notable adquirido por los ensayos políticos italianos sobre eurocomunismo, de tono doctrinal más o menos intenso, en el mercado editorial español⁷. Sin embargo, el eurocomunismo entendido como fenómeno bidireccional España/Italia puede relacionarse también con otro aspecto menos explorado historiográficamente: el de una memoria transnacional compartida⁸. Una perspectiva que incluiría la presencia de ecos y lecturas mnemónicas afines que sustentaron el relato simbólico y afectivo de la identidad política, histórica y cultural, o de la solidaridad entre ambas formaciones comunistas mediterráneas.

Aunque las dinámicas de dicha memoria transnacional no eran, como se ha señalado antes, nuevas. Enraizaban, readecuándola con las singularidades del ecuador de los años setenta, con la concepción del movimiento comunista como fenómeno consustancialmente transnacional en sus actores, objetivos y metas. Dicha globalidad presentó diversas traducciones históricas en el tiempo. Puede vincularse, a nivel fundacional, con la articulación matriz pivotada en la IC, nacida en 1919, en relación con las derivas que alcanzó su conceptualización como “estado mayor de la revolución mundial”. O, ya en los años veinte y treinta, mediante las prácticas de sujeción a través de la bolchevización, así como mediante

⁶ Para la conexión orgánica y política entre el PCI y el PCE, véase: Treglia, Emanuele, “El PCE y el movimiento comunista internacional (1969-1977)”, Cuadernos de Historia Contemporánea, 37 (2015), pp. 225-255; Pala, Giaime y Nencioni, Tommaso (eds.), El inicio del fin del mito soviético: los comunistas occidentales ante la Primavera de Praga. Madrid, El Viejo Topo, 2008; Donofrio, Andrea, Érase una vez el eurocomunismo. Las razones de un fracaso. Madrid, Tecnos, 2018.

⁷ Napolitano, Giorgio, *La alternativa eurocomunista*. Barcelona, Blume, 1977; Filo della Torre, Paolo et al., *Eurocomunismo, mito o realta?*. Milán, Mondadori, 1978; Nassi, Enrico y Sforza, Marco C., *El Eurocomunismo*. Barcelona, Caralt, 1978; Lombardo Radice, Lucio, *Un socialismo por inventar: reflexiones sobre la vía democrática para la transformación de la sociedad*. Barcelona, Laia, 1980.

⁸ De Cesari, Chiara y Rigney, Ann (eds.), *Transnational Memory. Circulation, Articulation, Scales*. Berlín-Boston, De Gruyter, 2013. Un estudio comparado sobre la memoria del comunismo y el poscomunismo, en Todorova, Maria et al. (ed.), *Remembering Communism. Genres of Representation*. Nueva York, SSR, 2010.

⁵ Treglia, Emanuele, “Por la libertad...”, op. cit., p. 173.

su ramificación orgánica y su proyección local, definida por una interacción asimétrica entre la IC y sus secciones nacionales. De ahí la compleja operatividad que cabría otorgar a los binomios teoría-práctica / internacional-nacional como ejes donde situar la operatoria comunista⁹.

La percepción del proyecto comunista –o de forma más amplia, del denominado “campo socialista”– como proyecto global durante la Guerra Fría, dotado en intereses, redes, liturgias, valores y representaciones derivadas de una matriz compartida, de impronta soviética, y en expresiones regionalizadas. Ello propició unas coordenadas transnacionales compartidas¹⁰. Fue este el entorno donde igualmente se insertaron, a diferentes niveles, el exilio y la dispersión comunista española, factores coadyuvantes a su vez en las constantes dinámicas de transterritorialización humana y cultural que presentó dicho colectivo¹¹. Y también en fenómenos de apropiación y creación de una mítica por parte del PCI respecto a la memoria heroica de la Resistencia como variante local de un movimiento de legitimación antifascista, mucho más vasto en términos territoriales, cuya raíz seminal se ventiló en España¹².

La presencia de unas claves de memoria compartida puede evaluarse, pues, desde unas narrativas de largo recorrido. Es decir, como constructos discursivos, identitarios y emotivos compartidos, fundados en procesos de interacción y adaptación local de referentes internacionalizados. Tal cuestión conecta con otros enfoques teóricos y metodológicos. Las exploraciones historiográficas dedicadas a las casuísticas de la memoria sobre el Socialismo Real en los países del centro o este de Europa han adoptado una doble óptica:

⁹ Cfr. con Dullin, Sabine y Studer, Brigitte, “Communism + Transnational : The Rediscovered Equation of Internationalism in the Comintern Years”, *Twentieth Century Communism*, 4 (2018), pp. 66-95.

¹⁰ Cfr. con Donofrio, Andrea y Rueda, José Carlos, “Proyecciones de memoria del largo 1917: ecos simbólicos en el Partido Comunista de España y el Partido Comunista Italiano”, *Diacronie. Studi di Storia Contemporanea*, 31/3 (2017), pp. 1-18.

¹¹ Aunque se centra en las características de las comunidades exiliadas en Europa central y oriental, véase Eiroa, Matilde, *Espanoles tras el Telón de Acero. El exilio republicano español y comunista en la Europa socialista*. Madrid, Marcial Pons, 2018 (especialmente pp. 71-190).

¹² Andrea Cossu, “Commemoration and processes of appropriation: The Italian Communist Party and the Italian Resistance (1943-48)”, *Memory Studies*, 4/4 (2011), pp. 386-400.

bien interesándose por las dinámicas globales de la memoria comunista, bien por la óptica micro de sus traducciones territoriales singulares¹³. Es este un binomio que puede relacionarse con otras categorías, como Memoria Cosmopolita, que ha sido planteada en relación con las estrategias y las políticas de recuerdo asociadas al Holocausto, estudiándose cuáles han sido sus dinámicas de encuentro, hibridación o asimilación¹⁴. Una mixtura donde habrían tomado forma distintas manifestaciones de expresión “glocal”: es decir, no solo de confluencia entre dimensiones geográfico-culturales locales y globales, sino en relación con la configuración de un relato sobre el Holocausto donde interaccionarían ejemplificaciones de corte internacional, nacional o regional. Cabría colegir entonces que, frente al sentido restrictivo habitualmente otorgado al espacio simbólico de la memoria nacional, la noción de memoria cosmopolita vendría a relativizarla y redefinirla, remarcando los fenómenos de aportación, circulación y adecuación de valores e imaginarios, en una dinámica de articulación y actualización del recuerdo colectivo.

Como se verá a continuación, en el ecuador de los años setenta, tanto PCE como PCI pusieron en marcha valoraciones donde se movilizaron significaciones simbólicas comunes¹⁵. Los últimos meses de 1975, o en 1976, estuvieron dominados por unas miradas de la dirigencia del

¹³ Un ejemplo, en Tomczuk, Sara Jean, “Contention, consensus, and memories of communism: Comparing Czech and Slovak memory politics in public spaces, 1993-2012”, *International Journal of Comparative Sociology*, 57/3 (2016), pp. 105-126.

¹⁴ Levy, David y Sznajder, Natan, *The Holocaust and Memory in the Global Age*. Filadelfia, Temple University, 2006, pp. 25-27; “Memory unbound: The Holocaust and the formation of cosmopolitanism memory”, *European Journal of Social Theory*, 5/1 (2002), pp. 87-106.

¹⁵ Como marco general, Rueda, José Carlos, *Memoria roja. Una historia cultural de la memoria comunista en España*. Valencia, PUV, 2018, o Erice, Francisco, “Memoria colectiva de los comunistas españoles bajo el franquismo. Alcance y mecanismos de construcción de una memoria clandestina”, *Actas del XII Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*. Madrid, AHC, 2014, pp. 3789-3814. Sobre los referentes simbólicos en el tardofranquismo y la Transición, Sánchez-Biosca, Vicente, “Santiago Carrillo 1971. Políticas en transición y transferencia carismática”, *Kamchatka*, 4 (2014); o Benet, Vicente J., “Usos mediáticos del carisma de Dolores Ibárruri en los inicios de la Transición”, *Estudios sobre el Mensaje Periodístico*, 22/1 (2016), pp. 77-99.

PCE orientadas hacia el futuro, no hacia el pasado. Pero esa perspectiva de atención se emplazó en unos marcos comprensivos de memoria sedimentados en el tiempo. Ahí figuró la dilatada naturaleza antifranquista del partido como eje identitario y columna vertebral de su memoria, junto a la perspectiva fijada desde la política de Reconciliación Nacional, una estrategia consagrada en 1956 que volvería a ser esgrimida con fuerza tras el 20 de noviembre¹⁶.

1. COMUNISTAS ANTE LOS ÚLTIMOS DÍAS DEL FRANQUISMO

El antifranquismo actuó como el rasgo más intenso en la cultura compartida por la comunidad comunista española. Y enlazó con la potente –y asimismo maleable– identidad antifascista articulada internacionalmente desde mediados de los años treinta que subsistía como espacio de referencia simbólica tras la Segunda Guerra Mundial¹⁷. El relato y la mítica del antifascismo permitió trenzar una fuerte conexión simbólica, en términos de memoria compartida, con Italia, donde la dictadura de Franco era interpretada por la cultura comunista local como consecuencia natural de una guerra apoyada decisivamente por Hitler y Mussolini. Acabar con ella era también tarea histórica del espíritu de las fuerzas de la Resistencia, porque lo que “ensangrienta España desde hace cuarenta años” no era sino “la vergüenza del fascismo”¹⁸.

Como se ha resaltado ya, no debe olvidarse la importancia adquirida en Italia por la memoria épica de la Guerra Civil desde un punto de vista emotivo: numerosos voluntarios de las Brigadas Internacionales estaban vivos a finales de los setenta¹⁹, y en su recuerdo el conflicto español seguía siendo “uno de los momentos más excitantes y bonitos” de su vida militante, como recordó Pietro Nenni²⁰. En 1968 se creó la *Associa-*

zione Italiana Combattenti Volontari Antifascisti in Spagna (AICVAS), formada por antiguos voluntarios con el objeto de “actuar para que los principios ideales de la Resistencia y de la lucha al franquismo” fueran “elementos esenciales en la formación cívica de las nuevas generaciones”²¹.

En el PCE la oposición a Franco actuó, asimismo, de manto integrador donde situar las manifestaciones propias de la subjetividad comunista en relación con otros valores de la cultura militante. Sirvió de eje aglutinante para otros intensos, y añejos, referentes de significación que subsistían en los setenta: la lucha por la libertad, la conciencia social, la moral del sacrificio, el temple o la ejemplaridad moral. En semejante contexto, las condiciones –y la propia memoria sobre– la represión o la clandestinidad amplificaron el sentido del colectivo militante entendido como compromiso con tono de épica personal. El objetivo de lograr la caída del régimen apuntaló durante décadas ese tono heroico²². Pero tales marcas actuaron no solo como aglutinantes cohesivos, sino también como un cierto bálsamo que rebajó el riesgo de fricción interna dados los perfiles heterogéneos –por edad, formación política, orígenes socio-profesionales o territoriales, o como consecuencia de la dispersión geográfica– que igualmente caracterizó a esa comunidad militante²³.

Cabría considerar que la identidad comunista se agudizó en los meses finales de 1975 en relación con un discurso con notables componentes metafóricos. En él se enhebraron los fusilamientos de septiembre, la agonía y muerte de Franco entre octubre y noviembre y el homenaje a Pasionaria por su octogésimo aniversario junto a la evaluación de la figura del rey Juan Carlos, ya en el mes de diciembre. En Italia, tales eventos tuvieron importante eco y visible respuesta: uno de los momentos de mayor movilización se

¹⁶ Sobre esa duplicidad, Molinero, Carme, “La política de reconciliación nacional. Su contenido durante el franquismo, su lectura en la Transición”, *Ayer*, 66/2 (2007), pp. 201-225.

¹⁷ Cfr. con Vergnon, Gilles, “¿Historizar el antifascismo? Retorno sobre una cuestión”, en Bosch, Aurora y Saz, Ismael (eds.), *Izquierdas y derechas ante el espejo. Culturas políticas en conflicto*. Valencia, Tirant le Blanch, 2015, pp. 349-362.

¹⁸ “Fermate la mano del boia”, *L’Unità*, 19 septiembre de 1975, p.1.

¹⁹ Treglia, Emanuele, “Por la libertad de España...”, op. cit., p. 164.

²⁰ Nenni, Pietro, *I conti con la storia*. Milán, SugarCo, 1983, p. 663.

²¹ AICVAS, I Congreso, noviembre 1968 y Associazione Volontari Antifascisti della Spagna Repubblicana, 3 de agosto de 1968, Istituto Gramsci, Archivio del Partito Comunista Italiano, Org. di massa, 1968, MF 551, en Treglia, Emanuele, “Por la libertad de España...”, op. cit., p. 174.

²² Domènech, Xavier, “Comunismo y antifranquismo. Una aproximación”, en Nicolás, María Encarna y González, Carmen (coords.), *Ayer en discusión. Temas claves de Historia Contemporánea hoy*. Murcia, AHC, 2008, pp. 126-145.

²³ Molinero, Carme e Ysàs, Pere, *De la hegemonía a la autodestrucción: el Partido Comunista de España (1956-1982)*. Barcelona, Crítica, 2017, pp. 95-100.

produjo entre agosto y septiembre con la repulsa ante los fusilamientos. En ella participaron las fuerzas parlamentarias mayoritarias (Democracia Cristiana, socialistas y comunistas), además de otros grupos de izquierda como *Lotta Continua*, organizaciones estudiantiles y juveniles o asociaciones partisanas.

Entre agosto y septiembre el PCI no sólo denunció la represión franquista, sino que llamó a los italianos a la movilización y a la solidaridad hacia las víctimas del “monstruoso régimen de terror”. Consideraba “*Dovere di tutti*” (deber de todos) presionar para acabar con el régimen de Franco, desde una perspectiva afín al imperativo de memoria.

“La durísima sentencia recuerda, sobre todo, a los desmemoriados, a los indiferentes, a los distraídos, que un régimen fascista está todavía instalado en una capital europea, a treinta años de distancia del final de Hitler y Mussolini, y contra la voluntad de la mayor parte de los españoles”²⁴.

El PCI manejó unas insistentes representaciones simbólicas con el pasado, hasta el punto de identificar a los condenados con “jóvenes antifascistas que luchan por la libertad” y no con terroristas de ETA y el FRAP. En su discurso se insistió, en términos de fuerte eco emotivo, en su rol como militantes “anti-franquistas” y “patriotas vascos”, evitándose cualquier referencia a la semántica “terrorista”. Se produjo así una tipificación de los procesados con los partisanos de la Segunda Guerra Mundial, como alegoría idealizada de la memoria heroica que invocaba el enfrentamiento contra el nazi-fascismo y la lucha por la democracia como dimensiones perfectamente actuales, complementarias y armónicas.

También en España se vivió una intensa movilización propagandística en el entorno clandestino comunista con tintes de memoria heroica donde reverdecieron los ecos antifascistas y se reafirmó la impronta antifranquista como seña de legitimación histórica del PCE. “El crimen se fraguó en El Pardo, en el cubil de la bestia”. Así iniciaba Pasionaria su alocución desde de Radio España Independiente (REI) la misma jornada de las ejecuciones. Los ejecutados eran “cinco combatientes antifranquistas, cinco jóvenes representantes de la oposición nacional”. Esa llamada la relacionó con el recuerdo traumático de la violencia co-

²⁴ “Chiesta la pena di morte per 2 separatisti baschi”, *L’Unità*, 29 agosto de 1975, p.21.

lectiva asociada al franquismo. En este sentido, Ibárruri subrayó “que no fue el pueblo español quién comenzó la fratricida guerra en 1936, que costó a España más de un millón de muertos”, sino que su origen era responsabilidad del régimen que se asentaría en el país desde abril de 1939. De esta forma, Pasionaria incidía en una narrativa reiterada por el discurso oficial del PCE: la dictadura no era más que la subsistencia de la guerra y su correlato de violencia irracional, que ella misma había generado, por otros medios.

Pocos días después, en una nueva intervención radiofónica, Ibárruri apeló a las mujeres españolas. En esta otra alocución movilizó otros registros simbólicos que, igualmente, apelaban a la memoria personal. Su intervención se situó en la primera persona, en relación directa con la carga simbólica asociada a su figura alegórica como referente doliente y “madre de todos los camaradas”²⁵. Y sumó, además, el recuerdo épico de la Segunda Guerra Mundial como épica del antifascismo. Ibárruri invocó entonces la “emoción de una madre cuyo único hijo, asesinado por los agresores hitlerianos, duerme el eterno sueño en el glorioso Stalingrado”. Desde esa matriz de reconocimiento —el martirio antifascista transnacional— citó después a los militantes ejecutados del FRAP y ETA, asociándoles con otros caídos del PCE víctimas de la represión franquista, como Grimau, Larrañaga, Asarte o Diéguez²⁶.

La adaptabilidad simbólica del referente antifascista transnacional quedó de manifiesto, por su parte, el 30 de septiembre de 1975 en *L’Unità*, cuando se instó a la solidaridad con la lucha española contra el fascismo:

“La gran movilización que se ha desarrollado en Italia está creciendo con el fin de parar la mano de los asesinos y para expresar el horror hacia ellos; tiene una fuerza tal que ninguno puede cerrar los ojos e ignorarlo. [...] Nuestro objetivo es el de apoyar la lucha del pueblo español por su liberación. Para conseguir este objetivo, nos sentimos em-

²⁵ Esa imagen, remarcada en Ginard, David, “La madre de todos los comunistas. Dolores Ibárruri como símbolo movilizador, de la Guerra Civil a la transición posfranquista”, *Ayer*, 93 (2013), pp. 189-206. El peso simbólico, asimismo, en Cruz, Rafael, *Pasionaria. Dolores Ibárruri, historia y símbolo*. Madrid, Biblioteca Nueva, 1999.

²⁶ Alocución de Dolores Ibárruri en Radio España Independiente, octubre de 1975, AHPCE, Dirigentes, 22, 1.

peñados y movilizados más que nunca, al lado de nuestros hermanos españoles que combaten por una España libre y nueva”²⁷.

Desde este medio se reiteró el añejo referente del antifranquismo entendido como lucha de liberación del pueblo español, en una suerte de Resistencia en clave nacional erigida en lugar de memoria desde una significación transnacional. En ella se hermanaban simbólicamente italianos y españoles en una misma meta frente a un universo político opuesto —el fascismo—, caracterizado por sus dimensiones tétricas, como “oscuro” o “monstruoso”. Pero el significante antifascismo manejó también otras variantes de evocación singulares. En el caso italiano se ligó con la memoria nacional de la lucha de liberación entre 1943-45, mientras que la memoria traumática de la Guerra Civil correlacionó franquismo con herencia punitiva y continuación de la contienda. Según Santiago Carrillo:

“Al borde de la tumba, Franco quiere dejar a nuestro país la herencia de una guerra civil. Otros cinco jóvenes han sido condenados sin pruebas en una farsa de proceso, asesinados fríamente, a pesar de la oposición de toda la sociedad española y de la opinión pública mundial. Estas son las nuevas víctimas de la locura de un tirano y de una minoría de ultrafascistas, que parece que quieren terminar como habíamos empezado, con la sangre, con las lágrimas y el dolor de un pueblo entero”²⁸.

La idea de monstruosidad de las sentencias fueron también parte integrante del discurso público y de la propaganda movilizadora desde el PCI. En las páginas de *L’Unità* se sucedieron titulares como “Monstruosa y terrorífica sentencia”,

“Otro veredicto monstruoso en Madrid: tres anti-franquistas condenados a muerte”, o se pudieron leer frases como “medidas monstruosas que escandalizan incluso a los juristas más conservadores”²⁹.

El PCI realizó continuos llamamientos a la movilización durante las jornadas del juicio y la condena. “Movilización urgente en España y en el ex-

terior”, “Parad la mano del verdugo”, “Contra el horror: manifestaciones en Italia contra Franco” fueron otros titulares empleados por el periódico comunista italiano en aquellas semanas.

“España libre. Cada joven italiano de sentimientos democráticos, hoy, haga suyas estas palabras de orden, junto a la juventud y al pueblo españoles, con la convicción de que realizar este objetivo es parte decisiva de la lucha por una Europa democrática y de paz”³⁰.

A pesar de la movilización internacional cinco de los once condenados fueron ejecutados. La rabia e indignación se concretaron en el titular de *L’Unità*, aparecido en su primera página, del 28 de septiembre: “Fascismo infame. Horror y protesta en todo el mundo por el crimen del régimen franquista”. La dictadura era igualmente presentada en un editorial como:

“bárbaro régimen, sordo a las protestas y presiones de todo el mundo. Los delitos de España ofenden y hieren la conciencia en Italia y en todo el mundo. Europa debe acabar con este régimen”³¹.

Alrededor de dos meses más tarde moría Franco, “un monstruo”, un “asesino”, con el que además agonizaba también un régimen de terror.

“Faraón del siglo XX, último dictador fascista de Europa, último monarca absoluto de una historia que ya hace doscientos años había rechazado las monarquías absolutas, un anacronismo que la muerte empieza a borrar, porque se necesitará tiempo y trabajo para reconstruir sobre bases nuevas un país conducido políticamente hacia el feudalismo”³².

Las informaciones del periódico comunista italiano insistieron, una y otra vez, en “el pasado oscuro” que suponían los casi cuarenta años de franquismo; o en “el clima oscuro, digno de la corte de los Borgia”, que había rodeado la camarilla familiar y política durante la agonía del Caudillo. El discurso del PCI también ensalzó la

²⁷ *L’Unità*, 30 septiembre de 1975, p. 1.

²⁸ Carrillo, Santiago, “Lotta di massa contro la dittatura”, *L’Unità*, 28 de septiembre de 1975, p. 1.

²⁹ Marzullo, Kino, “Scioperi e manifestazioni a Bilbao per salvare i due patrioti baschi”, *L’Unità*, 7 de septiembre de 1975, p. 17.

³⁰ Foa, Renzo, “Chiesto un passo del governo per salvare gli antifranchisti”, *L’Unità*, 14 septiembre de 1975, p. 17.

³¹ “A fianco della Spagna”, *L’Unità*, 28 de septiembre de 1975, p. 1.

³² Marzullo, Kino, “Con la morte di Franco si rafforza l’azione per liquidare il regime”, *L’Unità*, 21 de noviembre de 1975, p. 9.

tesis de que la dictadura no era otra cosa que la continuación por otros medios de la Guerra Civil. Todo ello no era sino un calco del discurso manejado por el PCE.

La narrativa sobre la agonía de Franco en el partido español se situó en esas mismas coordenadas. Fue presentada como definitiva clausura de un tiempo histórico agotado. De nuevo se reiteraron imágenes con un fuerte componente apelativo. Franco representaba “el sistema de la dictadura” y “la monstruosidad fascista”, y su muerte debía facilitar el “fin de un período histórico, de sus leyes e instituciones”³³, así como el fin de la Guerra Civil –de la violencia, la represión, la arbitrariedad o la huella oscurantista– sobre la sociedad española. La represión y la violencia política vividas a lo largo de cuatro décadas conformaron, asimismo, el imaginario dominante proyectado desde el PCI sobre la figura histórica y política de Franco. Un recuerdo cuya intensidad cualitativa quedaba expresada antes de nada por la escalofriante sucesión de los números: “un millón de muertos de la Guerra Civil, los doscientos mil ejecutados en la inmediata posguerra, los centenares de miles de exiliados, los innumerables arrestados, fusilados, asesinados”³⁴.

Frente a esa imagen tétrica el PCE reiteró la figura, frontalmente alternativa, de Pasionaria. Su exaltación ligaba con estrategias de pasado orientadas al culto emotivo. Y su traducción concreta tuvo lugar con motivo del octogésimo cumpleaños de la presidenta del PCE, conmemoración que se festejó en el Palacio de Deportes de Roma el 14 de diciembre en un acto coorganizado por el PCE y el PCI.

El PCE impregnó de varias dimensiones simbólicas a aquel mitin. De una parte, sustanció con especial visibilidad la idea de aglutinamiento antifascista transnacional como seña de identidad y referente ético-político que superaba –y hermanaba al tiempo– las fronteras nacionales. En el acto intervino el que fuera comisario e inspector general de las Brigadas Internacionales Luigi Longo, o se cursaron invitaciones a otros muchos dirigentes de izquierda como el socialista Pietro

Nenni³⁵. Y, en segundo término, se pretendió que el homenaje público a Pasionaria sirviese para patentizar la imagen simbólica alternativa de una renovada presencia pública del PCE a escala internacional. El partido fue presentado como factor insustituible en cualquier posible futura ecuación política española.

Finalmente, el homenaje puso de manifiesto la contraposición simbólica mencionada donde Ibárruri se erigía en una contra-imagen de Franco, fundada en la mística del pasado –el antifascismo y el heroísmo comunista en la guerra–, pero también en la expectativa de un futuro democrático. Pasionaria era la alegoría viva del partido, el emblema de su vitalidad histórica, frente a las intensas connotaciones fúnebres otorgadas al hecho de la muerte de Franco entendido como expresión tangible del inevitable colapso de la dictadura³⁶.

A la imagen de dictador sanguinario, a la que se asoció toda una potente simbología relacionada con la violencia y la muerte, se contrapuso históricamente la figura de Dolores Ibárruri como encarnación del propio pueblo español³⁷, o de otros valores como vida, solidaridad y amor maternal. Se ha estimado que la personalización inicial de arquetipos femeninos y maternales fue consecuencia de una dinámica simbólica inmediatamente asignada al conflicto. La guerra sirvió de trasfondo para una resignificación desde valores masculinos viriles a esos otros rasgos de definición feminizados, ahondados en décadas posteriores³⁸. Se ha afirmado, incluso, que el imaginario hagiográfico de su figura se asoció hasta con metáforas “telúricas e incluso uterinas”, que la llegaron a presentar como “Gran Madre”, como “el gran útero donde podían refugiarse los milicianos cuando, en el frente, temblaban de frío y de miedo. Al mismo tiempo, era la tierra, de ella venía”³⁹.

Semejantes identificaciones, que la líder comunista asumió como un honor, se mantuvieron

³³ “Con el dictador ha de morir la dictadura”, *Mundo Obrero*, 18 de noviembre de 1975, p. 1; “Fin del veredicto. Agonía del franquismo. Declaración del PC de España”, *Mundo Obrero*, 27 de octubre de 1975, p. 1.

³⁴ Marzullo, Kino, “Con la morte di Franco...”, p. 9.

³⁵ Homenaje a Dolores Ibárruri, diciembre de 1975, AHPCE, *Dirigentes*, 22, 6.

³⁶ “Homenaje a Dolores. Luigi Longo”, *Mundo Obrero*, 17 de diciembre de 1975, p. 7.

³⁷ Cruz, Rafael, *Pasionaria...*, op. cit., p. 176.

³⁸ Llona, Miren, “La imagen viril de Pasionaria. Los significados simbólicos de Dolores Ibárruri en la II República y la Guerra Civil”, *Historia y Política*, 36 (2016), pp. 263-287.

³⁹ Roig, Montserrat, *¿Tiempo de mujer?* Barcelona, Plaza y Janés, 1980, p. 216.

más allá de la Guerra Civil, y, como señala Mercedes Yusta, en cierto modo se proyectaron en las estrategias de reorganización y solidaridad femenina del PCE durante el exilio a través del concepto como “maternidad social”, identificado con la lucha antifascista femenina⁴⁰. En ese contexto Ibárruri representó también el arquetipo femenino movilizador como “madre combativa” en las coordenadas de una suerte de antifranquismo femenino nutrido por mujeres-madres, “madres antifascistas”, caracterizadas por esa identidad de género⁴¹. Fue, en definitiva, un discurso que adquirió una gran potencialidad en términos políticos y sociales, sirviendo de instrumento de legitimación política femenina.

La maternidad significa dar vida, algo contrapuesto frontalmente a esa otra dualidad metafórica del fascismo/franquismo como representación de la muerte. En esos exactos términos lo había formulado Encarnación Fuyola ya en 1936: “¿Cómo una mujer que lleva en su vientre el germen de vida podría conformarse con el fascismo, que es muerte, que es hambre y explotación?”. Por su naturaleza, la mujer consustancialmente tenía que luchar contra el fascismo.

“Luchamos por la vida, el trabajo y la dicha. [...] Luchamos por las risas, por la salud, por la vida de nuestros hijos. Luchamos por alcanzar la alegría de la maternidad, que el egoísmo de unos privilegiados había convertido en tortura y dolor”⁴².

3. COMUNISTAS ANTE LA MONARQUÍA

Tal dicotomía entre vida y muerte, entre un pasado que se agotaba y un futuro esperanzador, compuso un hilo alegórico de alteridad para el binomio Pasionaria-Franco. En la cultura sentimental comunista transnacional mientras que ella representaba una España democrática, él componía la marca visible de la supervivencia del ayer más oscuro y autoritario. Tal contraposición también quedó de relieve en el primer discurso comunista de rechazo a la Monarquía. Sin embargo, para PCE dicha postura no derivó de

posiciones legitimistas republicanas ni invocó el principio de legitimidad histórica del 14 de abril. Muy al contrario, se apoyó en la consideración de que la Corona no representaba otra cosa que una vuelta más en la reproducción natural de la dictadura. Juan Carlos no constituía “el anuncio de una nueva era”. Era, por el contrario, “un Rey impuesto”, “fiel guardián de la herencia de Franco”, de su marco institucional y de su memoria punitiva. Era, en síntesis, la continuidad del franquismo sin Franco⁴³.

La Monarquía tampoco seducía al PCI. Juan Carlos de Borbón figuró en su discurso oficial como la “vía de la continuidad del régimen, el intento de hacerlo sobrevivir”. El hecho de ser designado por Franco como Príncipe de España en julio de 1969 era, obviamente, el principal motivo de reticencias hacia Juan Carlos. Se dudaba, y mucho, de sus más que improbables intenciones democráticas. Para la formación italiana no era, en el otoño de 1975, sino un falangista más, que con su silencio cómplice había dejado que el régimen cometiera atrocidades⁴⁴. Por su parte, Pietro Nenni definió la reinstauración de la Corona como un híbrido entre “Monarquía católico-totalitaria”⁴⁵.

Aunque las dudas hacia las intenciones aperturistas no sólo se plantearon en las filas comunistas. Estuvieron muy presentes en otras instancias del gobierno italiano, como puso en evidencia un informe elaborado por el Ministerio de Asuntos Exteriores:

“Se podría considerar la hipótesis que Juan Carlos, cuya formación —no hay que olvidarlo— ha tenido lugar en el ámbito del régimen franquista con la precisa finalidad de prepararle para que se convierta en el sucesor de Franco, pueda limitar el rumbo aperturista a una simple reedición, eventualmente mejorada, del llamado ‘plan de liberalización’,

⁴⁰ Yusta, Mercedes, *Madres coraje contra Franco. La Unión de Mujeres Españolas en Francia, del antifascismo a la Guerra Fría (1941-1950)*. Madrid, Cátedra, 2009, p. 255.

⁴¹ Nash, Mary, *Rojas. Las mujeres republicanas en la guerra civil*. Madrid, Taurus, 1999, p. 99.

⁴² Fuyola, Encarnación, “Por qué luchamos las mujeres”, *Mujeres. Portavoz de las mujeres antifascistas*, 2 de septiembre de 1936, p. 6.

⁴³ AHPCE, Documentos, 56 y “Libertad, libertad”, *Mundo Obrero*, 25 de noviembre de 1975, pp. 1-2.

⁴⁴ Pier Giorgio Betti, “La dittatura di Madrid inasprisce la repressione”, *L’Unità*, 3 de octubre de 1975, pp. 1-4.

⁴⁵ *Appunto*, noviembre de 1975, Archivio Centrale dello Stato, Pietro Nenni, b130, en Treglia, Emanuele, “Por la libertad de España...”, op. cit., p. 189.

consistente en el reconocimiento de un asociacionismo político controlado”⁴⁶.

Ya en 1967, y en un sentido parecido, la embajada italiana en Madrid había mostrado cierta perplejidad ante su más que probable nombramiento como sucesor a título de Rey porque, a diferencia de su padre, “sospechoso de antifranquismo”, se consideraba que presentaba “una postura más ortodoxa hacia el régimen”⁴⁷.

El relato comunista español de 1975 enfatizó, igualmente, las vinculaciones entre la figura del monarca y el recuerdo de la represión franquista cuya vigencia se había expresado en los fusilamientos de septiembre. Así, el comité provincial de Canarias del PCE saludó, por ejemplo, la proclamación asociándola con una oscura muerte producida en Tenerife en noviembre de 1975, o *Mundo Obrero* editó poco después un monográfico especial expresivamente titulado “La tortura en el reino de Juan Carlos”⁴⁸.

Santiago Carrillo resaltó en un mitin en París el 25 de noviembre que acabar con la dictadura conllevaba liquidar definitivamente las formas de violencia estructural que se estaban reproduciendo en la Monarquía. O lo que era lo mismo, según el prisma ya indicado sobre la dimensión traumática del pasado: superar el rescaldo aún presente de la Guerra Civil. Carrillo especuló en aquel acto, sin embargo, con varios escenarios de posible evolución reformista, tildándolos a todos de pura continuidad. En síntesis, rechazó “que (tengamos) paciencia y (ofrezcamos) una tregua a Juan Carlos para que éste pueda tener tiempo a hacer la democratización”⁴⁹.

Tanto el PCI como el PCE mantuvieron una plena unicidad de discurso en su apreciación de la ligazón entre franquismo y Monarquía. Desde el PCI, sin embargo, se reconoció que la posición de Juan Carlos era difícil, pues tenía que lidiar con

esas mismas estructuras e instituciones herencia del régimen.

“Admitamos que —y nosotros no lo creemos— Juan Carlos, está animado por sentimientos de renovación, ¿puede tener las manos libres para cambiar las cosas en España?”⁵⁰,

escribió, en este sentido, el periodista Renzo Foa en *L’Unità*. La respuesta, en cierto modo, se la dio el propio Santiago Carrillo:

“Juan Carlos está rodeado de todo un sistema, aunque todo este sistema esté descompuesto y podrido, formado por la clase política franquista que intentará mantener el régimen en su línea actual. Es difícil, en estas condiciones, imaginar a Juan Carlos capaz de liberalizar el país. Además, ¿cuáles son los pasos llevados a cabo por éste en estas semanas? Por un lado, ha impuesto medidas represivas contra la prensa, similares a las que de Franco. Y por otro lado, los arrestos se han multiplicado. Juan Carlos ha permitido, en estas primeras semanas de reinado, que los grupos fascistas cometan atentados mucho más peligrosos que en años pasados”⁵¹.

Para los comunistas italianos lo fundamental era que Juan Carlos fuese capaz de llevar a cabo una transición democrática sin derramamiento de sangre. Pero para ello era necesario el consenso de la población y de todas las fuerzas políticas, lo cual resultaba complicado ya que, tal y como señaló *L’Unità*, “por un lado hay borbones, otros que son continuistas y luego está la oposición democrática”. Así se pregunta en un titular “¿El rey Juan Carlos tendrá el máximo consenso?”⁵². La respuesta de *L’Unità* era sencillamente que “la oposición aceptará al rey si éste supone una democratización”⁵³.

Era, por tanto, fundamental escudriñar con detalle las palabras que se pronunciasen en el momento de la proclamación. “Todos queremos saber lo que dirá el rey Juan Carlos el sábado”, se

⁴⁶ *Consiglio Europeo del 1-2/12/1975. Spagna*, 26 de noviembre de 1975, ACS, Ambasciata d’Italia a Madrid b121, citado en *Ibid.*, p. 189

⁴⁷ *Ambasciata d’Italia a Madrid, Quadro dei partiti e delle forze politiche in Spagna*, 8 de marzo de 1967, ACS, Ambasciata d’Italia a Madrid, b69/192, citado en *Ibid.*, p. 171.

⁴⁸ “Tras la muerte del dictador: ¡No al rey impuesto!”, *Mundo Obrero*, 25 de noviembre de 1975, p. 1; “La tortura en el Reino de Juan Carlos”, *Mundo Obrero*, diciembre de 1975.

⁴⁹ Intervención de Santiago Carrillo en París, 25 de noviembre de 1975, AHPCE, Dirigentes, 6, 2, 1, 1.

⁵⁰ Foa, Renzo, “Il compito dell’Europa”, *L’Unità*, 21 de noviembre de 1975, p.1.

⁵¹ “L’intervista di Carrillo a *L’Unità*”, *L’Unità*, 21 de noviembre de 1975, p.9.

⁵² Marzullo, Kino, “Nuove possibilità e attese per la democrazia in Spagna”, *L’Unità*, 22 de noviembre de 1975, p. 14.

⁵³ *Ibid.*

afirmó en el editorial de *L'Unità* el 21 de noviembre. La actitud del periódico ante aquel discurso terminó resultando bastante crítica al considerarlo ambiguo y continuista:

“Estaba lleno de promesas de futuro y empeños de conservar el pasado; un discurso ambiguo, que era de todos modos el único que se podía esperar en estos momentos y de este personaje. El nuevo rey se ha referido a Franco como un ejemplo que seguirá en su actuación, y ha añadido, sin embargo, que seguirá las enseñanzas de su padre, Juan de Borbón, una posición bastante curiosa, considerada la hostilidad política que ha habido siempre entre los dos personajes. Ha hablado de una nueva etapa en la historia del pueblo español que se deberá recorrer unidos, sobre la base del consenso y de la concordia”. Ha señalado que tendrá en consideración las “peculiaridades regionales” de España, pero ha reafirmado su empeño por salvaguardar la integridad de la nación”⁵⁴.

Para el rotativo estos objetivos no eran alcanzables desde las estructuras autoritarias. La modernización del país conllevaba liquidar unas bases decrépitas que proseguían pese a aquellas palabras. Pero, a pesar de las críticas, se reconocía que “era difícil que Juan Carlos dijera algo más en favor de la democracia, ya que se encontraba en una situación difícil”. Planteaba una serie de “puertas abiertas”. En eso consistía “el discurso de un aperturista del régimen”⁵⁵.

Como se ha indicado ya, Santiago Carrillo también insistió, como idea eje de su apreciación inmediata sobre el cambio en la jefatura del Estado, en el continuismo representado por Juan Carlos. Sin embargo, en relación a esa imagen cabía advertir, siquiera mediante la perífrasis, un nuevo tono:

“Dicen los hombres de la oposición que hay aspectos que merece la pena resaltar y valorar con atención: No se ha citado en ningún momento el Movimiento, ni la tradición fascista del franquismo; no se ha exorcizado el espectro de la conjura demopluto-judai-comasónico-comunista del ritual fascista; se ha citado como inspiración a Juan de Bor-

bón, que es uno de los hombres más odiados por la falange, se ha hablado de una España que llama a las puertas de Europa”⁵⁶.

Carrillo insistió en la incapacidad sistémica, política y personal de Juan Carlos para instaurar un sistema democrático. Pero tal rechazo no resultaba incompatible, en última instancia, con su declaración de acatamiento a la futura forma del régimen si este era fruto de la libre decisión popular⁵⁷. Finalmente, en enero de 1976 cesaron las invectivas del PCE contra la Corona y su semántica se moderó visiblemente⁵⁸. Cabría interpretar dicho giro como la pronta asimilación de los llamamientos surgidos desde el entorno de la Corona a finales de aquel año, así el nuevo clima de expectativa que se derivaría de los contactos indirectos mantenidos con el secretario general comunista español a través de Manuel Prado y Colón de Carvajal y Nicolae Ceaucescu.

Dicho cambio de percepción se evidenció en otras reflexiones sobre el pasado que cargaban las tintas en una lectura donde se matizaba la percepción meramente continuista de la Monarquía y que asimismo aparecieron en medios comunistas españoles a inicios de 1976. “Todo parece indicar que salimos de una enrarecida atmósfera, la que enrarecieron casi cuarenta años de dictadura”, se afirmó en un artículo publicado en *Nuestra Bandera*, donde se indicaba también que “casi toda” España había logrado tirar la dictadura “a un barranco de olvido”. Marcos Ana reiteró en ese mismo medio la perspectiva del franquismo como un régimen de división “entre vencedores y vencidos” que vivió “de las rentas de la Guerra Civil”. Poca expectativa suscitaba Juan Carlos, aunque era necesario “tachar el miedo al porvenir, liberar a todos del peso del pasado, amnistiar las responsabilidades pasadas y presentes”⁵⁹.

El PCE y el PCI manejaron, por tanto, lecturas y significaciones simbólicas parejas en esa apre-

⁵⁶ Ibid.

⁵⁷ “Rueda de prensa en París de Santiago Carrillo”, *Mundo Obrero*, 4ª semana de octubre de 1975, p. 4; “Franco desaparecido. Las tareas del movimiento obrero para que el franquismo desaparezca también”, *Nuestra Bandera*, noviembre de 1975, pp. 11-34.

⁵⁸ “Declaración política del Partido Comunista de España”, *Mundo Obrero*, 14 de enero de 1976, pp. 1-4.

⁵⁹ Encinas, J., “Los que no hicimos la guerra” y Ana, Marcos, “La amnistía, una exigencia nacional”, *Nuestra Bandera*, enero-febrero de 1976, pp. 29-33 y 13-18.

⁵⁴ Pancaldi, Augusto, “Juan Carlos si è insediato nella continuità del regime”, *L'Unità*, 23 de noviembre de 1975, p.1.

⁵⁵ Ibid.

ciación de la Monarquía como mera subsistencia del franquismo, aunque ambos discursos dejaron un mínimo resquicio a la posibilidad de mutación hacia una salida democrática auspiciada desde arriba. El nuevo rey fue inicialmente jocosamente tildado desde el PCE como “Juan Carlos el Breve”. Un apelativo, no obstante, que se vio corregido a partir de inicios de 1976, cuando la narrativa pública del partido comenzó a evidenciar un tono sutil, pero sin duda mucho más cauteloso, que en cierto modo parecía anunciar los tiempos que estaban por llegar.

CONCLUSIONES

Trabajar con la categoría de Memoria Transnacional aporta nuevas perspectivas y dimensionamientos sobre las memorias nacionales, su conexión o proyección con relatos internacionales y respecto a la circulación e intercambio de valores que han podido tender a la hibridación o el reacondicionamiento⁶⁰. El artículo que aquí concluye no ha pretendido agotar esas posibilidades, pero sí llamar la atención acerca de una fenomenología concreta: las notables similitudes existentes, en contenidos y percepciones, en el discurso público de dos de las organizaciones comunistas europeas más emblemáticas de la década de los setenta, el PCI y el PCE.

El ámbito de colaboración más estudiado ha sido el de su confluencia en la estrategia discursiva y política eurocomunista. Aquel fue un proyecto no exento de contradicciones que se adecuó, con claridad, a condicionantes locales. A la perspectiva real del *sorpasso* en Italia frente a la Democracia Cristiana, pero asimismo a la política del *compromesso storico* con esa misma fuerza en el complejísimo escenario de los años de plomo. Y al postfranquismo y la Transición democrática en España. Un escenario definido durante 1976 mediante el binomio reforma/ruptura, por la dialéctica entre consenso, contención o enfrentamiento, así como por el peso de los riesgos reales de desestabilización (terrorismo, violencia paraestatal, ruido de sables).

Pero esta seña de identidad compartida del eurocomunismo compuso solo un plano en una trama de interacciones más amplia. Los paralelismos entre el PCE y el PCI se reflejaron, tal y como se ha indicado al inicio de este texto, en

otras muchas direcciones, como la articulación orgánica. El PCI se erigió en paradigma organizativo y socializador para el PCE al presentarse como ejemplo más acabado de partido de masas. No resultó casual, por ejemplo, que las fiestas anuales del partido español (“Fiesta del PCE”) se adecuasen desde 1977 al diseño de encuentro de tono político –pero también cohesivo, comunitario y popular– que venían desarrollando las fiestas de *L’Unità*. Es solo una muestra puntual dentro de un esquema de paralelismos que, a ojos del PCE, parecían encarnarse emblemáticamente en su homónimo italiano: lograr una nutrida militancia y un eco decisivo sobre el entramado sociocultural, sindical o vecinal; y, por supuesto, alcanzar un relevante peso institucional. Otro paralelismo fue el que se ha querido reflejar en estas páginas: la confluencia en torno a determinados valores y referentes de memoria compartidos, como el eco de la épica antifascista/antifranquista, la percepción de que el partido constituía la vanguardia democrática o las potentes resonancias simbólicas, también de corte transnacional, que a finales de los años setenta seguía concitando la figura de Pasionaria.

Roma sirvió de foro para los dos principales actos de masas realizados por el PCE en 1975 y 1976: el homenaje a Dolores Ibárruri por su ochenta aniversario en diciembre y el pleno ampliado de su Comité Central en julio. En ambos casos se buscó lograr el mayor eco posible, lo cual se tradujo en una amplia publicidad y capacidad movilizadora. Esa maximización pública incluyó la filmación cinematográfica de ambos encuentros, los últimos grandes cónclaves del PCE celebrados en el exilio. En el primer caso, se exacerbó la confrontación simbólica entre Pasionaria y la figura de Franco y se subrayó el homenaje a la presidenta del PCE en clave antifascista internacional. En el segundo, se insistió en la idea de un partido emergente, que “salía a la superficie”, al tiempo que se hacía pública la nómina de su dirección y se apostaba implícitamente ya, como estrategia de futuro, por la fórmula de una reforma pactada, el punto a exigir en una hipotética negociación con el gobierno de Adolfo Suárez recién constituido. Pero ambos encuentros mostraron también notables divergencias simbólicas. En diciembre de 1975 militancia y dirigencia hicieron gala de una irrefrenable afirmación republicana como punto compartido de encuentro, reconocimiento y exaltación identitaria. En julio de 1976 esa misma seña estuvo, en cambio, ya casi neu-

⁶⁰ Cfr. con Sierp, Ann y Wüstenberg, Jenny, “Linking the local and the Transnational: Rethinking Memory Politics in Europe”, *Journal of Contemporary European Studies*, 23, 3 (2015), pp. 321-329.

tralizada en la dirigencia y mucho más atenuada entre la militancia.

Dicha relativización debe situarse en relación con la modulación del discurso de memoria compartida entre el PCE y el PCI analizado en estas páginas. Como se ha indicado antes, sus rasgos de correspondencia más visibles adquirieron forma mediante la plena correspondencia entre las nociones de franquismo y fascismo, o en la identificación entre Guerra Civil y II Guerra Mundial como conflictos con proyección global y local. Otro rasgo de similitud presente en el discurso orgánico —de mimetismo, más bien— entre el PCI y el PCE fue la apreciación compartida ante la Monarquía recién reinstaurada. Sin embargo, a pesar de la identificación inicial entre el régimen franquista y la figura de Juan Carlos, a lo largo de 1976 tuvo lugar una deriva resignificadora, asimismo pareja en ambas organizaciones, sobre lo que representaba el monarca. Aquel giro se resolvió evitando lecturas sobre el pasado —de dónde procedía Juan Carlos; cuál era su fuente de legitimidad—, enfatizándose las expectativas de futuro. Su traducción práctica fue la progresiva neutralización de las alusiones públicas al Rey. Ya en el medio plazo (1976-78) se acabó derivando en un radical giro simbólico respecto a su figura, hasta acabar definiéndose, en el relato orgánico oficial, como garante de las reformas y la naciente democracia.

Ese giro debe relacionarse, finalmente, con la sedimentación de una imagen de la Transición como proceso pacífico en el imaginario comunista. El PCE contribuyó, sin duda, a la idea de cambio político sin derramamiento de sangre, una propuesta que formaba parte medular de su proyecto desde la década de los cincuenta. Y, de hecho, ese fue el contraste simbólico empleado en el otoño de 1975 en su narrativa pública frente a lo representado por los fusilamientos de septiembre, asociados con la imagen de un franquismo que moría matando. Frente a esa visión se contrapuso el compromiso comunista por la democracia y en 1976, y aún más en enero de 1977, se reiteraron sus inevitables concesiones: la necesidad de cerrar las heridas del pasado en forma de punto final, o en el retorno sin odio ni sed de venganza.

Tal dinámica de reacomodo de memoria se ha relacionado con los usos instrumentales —en términos de articulación y conflicto— de la ideología. Uno de sus nutrientes fue la tradición cultural. Durante la Transición se invisibilizaron, o flexibi-

lizaron, diversas señas de identidad vertebrales de la cultura comunista en aras del posibilismo, la apuesta institucional, la derivación desde ciertos postulados anteriores y ante la conciencia de cuáles eran las “condiciones de posibilidad” en donde podían moverse el proyecto y la estrategia del partido. Ello coincidió, además, con la ingente reflexión (aunque no exenta de vacuidad) por dotar de carga doctrinal al eurocomunismo. La intersección entre todas esas lógicas fue una notable modulación de su memoria orgánica. Aunque tampoco debe obviarse, a la vista de los valores expresados por los afiliados de base ante el debate sobre el leninismo coincidente con el IX Congreso (1978), que junto a la conciencia antifranquista la mayoría se inclinó con claridad por la “caducidad del leninismo” y por evidenciar una nítida asimilación de los valores democráticos en su estricta traducción liberal-parlamentaria⁶¹.

Todo lo expuesto nos conduce al terreno, de intenso debate historiográfico y político, de la cooperación del PCE en un *pacto de olvido* fundamentado en la idea de una democracia que necesitaba consustancialmente cerrar el régimen anterior, aunque eso significase enterradas heridas todavía abiertas, obviar medidas de reparación o renunciar a algunas de las marcas decisivas de la memoria colectiva comunista, algo que podría relacionarse, finalmente, con estas palabras de Pasionaria:

“Nosotros volvemos, sin embargo, sin odio ni rencor, sentimientos que podrían disminuir la grandeza de este momento decisivo para el presente y el futuro de la democracia en nuestro país. Nosotros volvemos con un sentimiento de responsabilidad que nos guía hacia el pueblo y hacia la historia, para luchar por una España libre y democrática, en la que la oposición no será un delito y combatir por la libertad no será un crimen castigado con largos años de prisión”⁶².

⁶¹ Lo indicado, en Andrade, Juan, “Eurocomunismo, nostalgia y nuevos cambios. El PCE en la transición española”, en Gómez López-Quiñones, Antonio y Winter, Ulbrich (eds.), *Cruzar la línea roja. Hacia una arqueología del imaginario comunista ibérico*. Madrid, Iberoamericana, 2017, pp. 207-238.

⁶² Entrevista a Dolores Ibárruri, en *L’Unità*, 13 abril 1977, p. 13.

